



VÍCTOR PANICELLO

LA TERCERA
OPORTUNIDAD

algar joven

Dormir en el banco del parque no es tan malo si estás medio inconsciente por la bebida, si no tienes ya los huesos carcomidos por la edad y sobre todo si eres capaz de olvidar fácilmente. A mí no me cuesta olvidar, lo que realmente me cuesta es recordar.

Por ejemplo, esta mañana me he despertado con la certeza de que hoy es un día especial y que he de ir a un sitio importante. Es una sensación que aparece y desaparece, pero que, cuando me llega, la noto como si fuera una película o algo así. Sé que debo presentarme en algún lugar, pero no consigo enfocar mi cerebro y que deje de dar saltos. A primera hora su funcionamiento casi siempre es así, espeso, borroso, lioso, bailante, oscilante, corriente, cantante y estudiante... ¡Ja, ja, ja!

Me río en voz alta y espanto a los pájaros que picotean las migas del bocadillo de queso seco que creo que me comí antes de acostarme. También espanto los restos de algunos de los terrores nocturnos que todavía insisten en venir a visitarme cuando el sol se vuelve primero rojo y después oscuro.

«Cantante y estudiante, cantante y paseante, cantante, liante, rumiante...».

La cancioncilla ya no me hace gracia esta vez, así que los pájaros vuelven porque estoy inmóvil, con los ojos abiertos y el corazón cerrado. A veces abro y a veces cierro, soy como un quiosco de barrio que vende diarios y revistas... «diarios de cantantes y rumiantes».

—¡Ja, ja, ja!

«Esta sí que ha sido buena».

Mi risa chirría como los frenos de un tren que va a salir de la vía, justo un segundo antes de que todo salte por los aires, así que los pájaros salen volando de nuevo y ya no van a volver porque presienten la catástrofe. Me levanto cuando pasa un rato. Un rato largo o corto, no lo sé, ya nunca sé qué hora es. Aquellos malnacidos me quitaron el reloj y el sueño, por eso los miedos de la noche duermen conmigo todavía. Ellos reían y me tiraban restos de comida que los pájaros encontraron por la mañana. Se reían como «rumiantes y cantantes» enloquecidos que se enfurecen cuando ven que yo no los miro...

«Nunca los mires a la cara», me explicó una vez un viejo que llevaba ya mucho tiempo en la calle.

«Nunca los mires directamente porque creen que los desafías y entonces se desata el infierno y te caen todos los golpes».

Esos chicos no venían del infierno, pero espero que acaben allí, quemándose vivos con el reloj que me quitaron y la pulsera que tenía guardada en un zapato por si algún día me hacía falta. Se llevaron la pulsera y mi zapato y me dejaron el labio hinchado y lleno de

latidos, como si el corazón quisiera demostrarme que todavía seguía viva.

Sigo viva, me lo dijo aquel médico de la ambulancia.

Sigo viva pero también estoy muerta.

Bebo un trago de un vino que no es vino, sino el elixir de la vida que me ayuda a levantarme. El astro rey, como me hacían aprender en la escuela, ha vuelto, y con él, la luz. Prefiero la luz que la noche. La luz espanta a los cazadores, ellos prefieren la oscuridad para atacar a las que son como yo. Rumiantes que masticamos lentamente los restos que la vida nos va dejando.

Pongo los pies en el suelo y miro mis zapatos nuevos. Los cogí ayer de una caja que alguien dejó para mí en uno de esos contenedores verdes y grises. Era un regalo que me dejó una persona que seguro que pensó en mí o en alguien como yo. Tuvo que ser así porque no tiró los zapatos dentro, donde siempre cuesta coger las cosas y donde huele tan mal. Los hubiera encontrado igualmente, pues ese es mi Corte Inglés particular, el paraíso de las compras sin dinero, todo al alcance de tu mano si tienes estómago suficiente para comértelo y no te importa cómo huele. Sin embargo, esta vez fue diferente y esa persona decidió ponérmelo fácil y dejármelos a los pies del contenedor... como cuando dejábamos las botas de agua en el balcón para cuando llegaran los Reyes Magos o Papá Noel con sus caramelos.

¿Lo hacíamos realmente? ¿Cuándo fue eso? ¿Seguro que era yo?

Bebo un último trago del envase —que no será el último de hoy, sino casi el primero— y lanzo la botella de plástico al césped. Soy libre de tirar la basura donde me apetezca, pues yo soy basura también. La ciudad es mía, formo parte de ella, me fundí con sus calles hace ya mucho... ¿Cuánto? No lo sé, hace tiempo que perdí mi propio tiempo y ya no sé cómo de deprisa caminan los relojes. Aquellos cazadores me quitaron el mío.

—¡Venga, payasa, arranca ya!

Me llaman payasa, me llaman borracha y otras muchas cosas que ya no recuerdo. Nadie sabe que cuando los oigo me río por dentro y pienso en mi nombre de verdad. No soy payasa, ni delincuente, «ni rumiante». Soy Marta Balbuena, de eso sí me acuerdo, y tengo menos de treinta años. Tal vez veintiséis o veintisiete, siempre tengo dudas, pero más de veinticinco casi seguro. También recuerdo que tenía un perro, eso lo sé. Un perro negro y blanco que algunas veces yo veía verde cuando volvía de noche muy cargada de *gin-tonics* o de chupitos o de cualquier otra cosa. En esas noches, el perro era verde y me miraba con cara de querer comunicarse conmigo. Yo me agachaba para escucharlo y pegaba mi cara a la suya hasta que aparecía mamá y rompía ese momento mágico con mi perro... ¿Cómo se llamaba? Una vez le vomité encima a Barney... ¡Sí, así se llamaba mi perro verde y parlante! Le vomité y me puse a reír como una loca cuando Barney se lamía el vómito y se pasaba la lengua con cara de «¡mmm, qué bueno está esto!». Era vómito cargado de tropezones y mi perro verde y parlante se lo comía todo como hacía

siempre con cualquier cosa que pareciera comestible. Mamá lo echaba de la cocina, pues, si se te caía una croqueta, nunca llegaba a tocar el suelo. Barney salía de donde estuviera esperando y cogía la croqueta al vuelo. Era un perro muy extraño que lo devoraba todo, hasta la sandía o los pomelos agrios o las magdalenas.

Ahora me comería una de esas magdalenas que siempre desayunaba con mi hermana Paula y mi hermano Javier. Los tres nos sentábamos en la mesa de una cocina oscura y pequeña y nos quedábamos quietos, observándonos con la mirada fija, inmóviles como los pistoleros justo antes de empezar a disparar y esperábamos a ver quién era el primero que se lanzaba sobre la fuente del desayuno. Luchábamos por ver quién se comía la última. Yo acostumbraba a perder siempre, pues era la más pequeña.

—¡Muévete ya, que tengo que limpiar toda la mierda que vais dejando!

El jardinero me habla con ese tono duro con el que todo el mundo me habla. Soy peor que ellos, que todos ellos, lo sé muy bien. Me merezco su desprecio y nunca, nunca, se olvidan de hacérmelo saber. O con la mirada, turbia y distante, o con sus gestos de apartarse no sea que les vaya a contagiar algo, o llamándome esas cosas: payasa, borracha, basura... «rumiante».

Estoy en la ancha avenida donde creo que debía estar esta mañana, pero no consigo recordar mi destino final. Tiene que ver con la fecha, hace días que lo pienso porque sé que hoy es un día diferente a los otros. Ayer sabía por qué, pero ahora no lo recuerdo,

aunque sé que es importante, importantísimo. Pero mis neuronas no se comunican conmigo, siguen enfadadas porque les hago llegar alcohol y más alcohol desde hace mucho tiempo. A lo mejor, si hoy no bebo, me perdonarán y decidirán hacerme ver qué era eso que no consigo enfocar.

De momento, camino y busco dónde tomarme un desayuno continental: huevos, beicon, café y dos tostadas, una con mantequilla y la otra con mermelada de arándanos. Me gustaría mucho, sí, me gustaría, aunque con suerte conseguiré un resto de bocadillo de una papelera o una pasta caducada. Si por aquí hubiera un colegio, me iría estupendo, pues muchos niños tiran el almuerzo que les han preparado. Paso delante de un bar con un cartel tan sucio que no consigo entender el nombre, algo de Galicia o de Calticia o de Inmundicia o de Estulticia.

No tengo ni idea de qué significa esa palabra, pero me rebota por la cabeza sin dejarme leer más carteles: «¡estulticia, estulticia, estulticia!».

Me siento en el suelo y miro pasar la gente, las nubes y los papeles que vuelan con el viento que levantan los cientos de coches que ocupan todo el espacio posible. Me fascina esa danza metálica, esa serpiente reluciente donde nunca se deja un hueco libre. Las motos taponan las rendijas que dejan los coches y así avanzan todos juntos hacia destinos conocidos o simplemente hacia el final de la cola para volver a empezar.

¿Alguna vez alguien ha tratado de comprobar si los coches que pasan por una calle son siempre los

mismos, que se mueven en círculo? ¿Podría ser que nunca consiguieran salir de esa cola eterna?

A lo mejor todo esto es como una gran broma y alguien debería decírselo a los conductores, decirles que nunca van a llegar a ninguna parte y que existe todo un mundo más allá de sus cristales oscuros y de su aire acondicionado.

El reflejo del sol me hace entrecerrar los ojos y llega el efecto polifónico. Lo llamo así, aunque sé que no es la palabra adecuada, porque prefiero ponerle nombre a las cosas a pesar de que me cueste encontrar las palabras correctas. Es mi propio diccionario y cambia casi cada día. Una cosa se llama así y al día siguiente tiene otro nombre. ¡Menuda diversión! Pero son mis reglas las que cuentan, las únicas que valen en mi mundo de palabras cambiantes.

El efecto polifónico hoy quiere decir que todo se difumina y que entro en el túnel del tiempo. Me ocurre de vez en cuando, a veces por la noche y a veces por el día, nunca sé cuándo va a venir, pero ya no intento resistirme a su atracción. Cuando el remolino me traslada a otros lugares en los que yo ya no soy quien soy, sino quien fui, dejo que mi cuerpo repose y lo abandono por un rato. Algunas veces son recuerdos tan reales que creo que no voy a volver de allí, de ese otro mundo que fue mi mundo pero que ya no está.

Es como una gran ola del mar que avanza imparable, sin prisa porque sabe que nada la puede parar. No debe darte miedo, solo la ves venir y esperas impaciente

que te sumerja para que los sonidos se amortigüen y sientas por fin una gran paz.